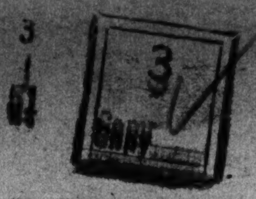
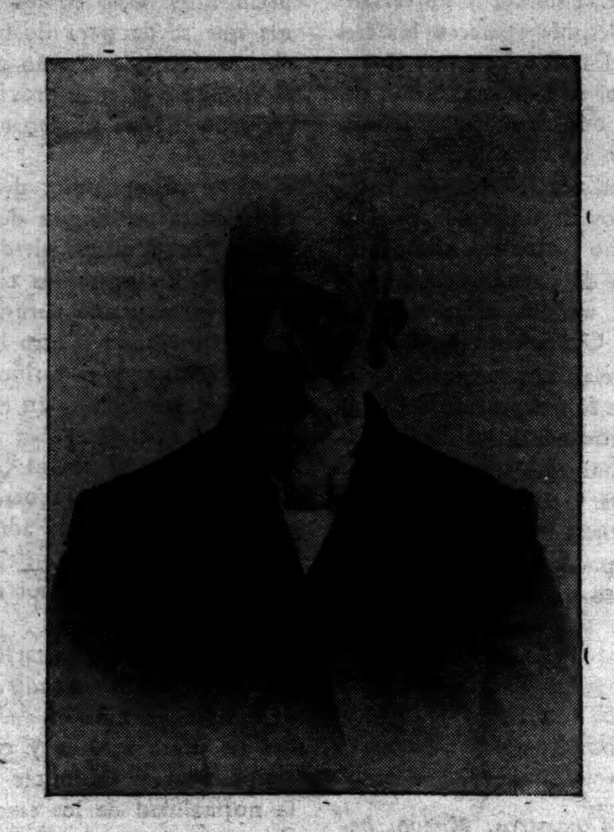


REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Viernes 15 de Diciembre | Nº 21

Año XXXI — No. 1120



Santiago Pérez

Los escritos de SANTIAGO PÉREZ

Por Juan LOZANO y LOZANO

(En *El Tiempo* de Bogotá. 16-VII-50)

La benemérita Academia de Historia ha publicado el volumen octogésimo primero de su colección de obras y documentos nacionales, volumen que contiene una selección de escritos y discursos de don Santiago Pérez. Además de estos ochenta y un gruesos tomos, dicha Academia ha dado a la luz ininterrumpidamente los cincuenta volúmenes de su preciosísimo Boletín Mensual y ha dado origen, ocasión, estímulo, ambiente, a la aparición de varios centenares y aun millares de obras de sus socios, referentes a los más variados aspectos de la historia colombiana. Labor tan ingente realizada en sólo medio siglo de existencia, confiere a nuestro Instituto de cultura histórica un puesto de primera magnitud entre las asociaciones sabias de los dos continentes americanos y un título, difícilmente parangonable, a la admiración y a la gratitud de nuestros compatriotas. La Academia ha tenido la fortuna de constituirse en una especie de hogar de los estudiosos, antes aun que en una escuela de letrados; y es a su ambiente fraternal y devoto, a su calor cordial, a lo que principalmente debe acreditarse la colosal obra cumplida. Si ayer hombres como Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada le consagraron todo su tiempo, su amor, su diligencia, la tradición no se ha perdido allí jamás; y ahora hay hombres que por más de treinta años, como Luis Augusto Cuervo y Ricardo Cortázar, han asistido allí todos los días, por largas horas, con abandono casi total de los propios intereses; y con su sola acción de presencia, para no hablar de sus vastas labores, infunden a aquella vieja casa de la calle décima un calor de casa habitada, de familia en actividad, de núcleo vital, que convierte la historia en cosa actual.

Este último volumen de la Biblioteca de Historia es por demás interesante, porque la vida y la actividad de don Santiago Pérez están indisolublemente vinculadas a toda una época de nuestra vida cultural y política que es relativamente reciente, pero que, por intensidad de acontecimientos, pureza de intenciones, profundidad de concepto, magnitud de hechos, representa el pasaje más valioso de la vida colombiana, después de la gesta de la independencia, y es como la edad de oro del espíritu nacional. Esa época ha sido, por rara antinomia, la menos estudiada de la historia del país. Es la era de los presidentes de la Federación, del régimen radical, de la emancipación espiritual de la patria; y la densa trama de aquel tercio de siglo que va de la elección de José Hilario López a la reunión del consejo de delegatarios que había de redactar la Constitución de 1886, fué tejida por una pléyade de hombres de capacidad intelectual y de magnitud humana tales, que significan un fenómeno de la historia comparable, con relación al medio, a los fenómenos de la Atenas de Pericles, de la Roma de Augusto, de la Florencia de mediados del siglo quince a mediados del siglo diez y seis.

Santiago Pérez nació en 1830 y era demasiado joven cuando actuaba la generación del 49, la de Florentino González que, bajo el estandarte heroico, patricio y democrático de José Hilario López, rompió los moldes coloniales de la república, en medio de una conmoción civil y conceptual ciclónica, para lanzarla a la conquista de la vida política moderna. Por aquellos días, don Santiago, mozo de veintiún años, recién graduado, colaboró con brillo fecundo en una de las empresas magnas del nuevo régimen: el estudio del país y el levantamiento de sus cartas geográficas, como relator de la Comisión Corográfica, en reemplazo nada menos que de Manuel Ancízar. La descripción del Chocó, por el joven Pérez, en cumplimiento de esa misión, abre el volumen a que se hace referencia, y es de un interés permanente, tanto por el aspecto científico como por el literario. Ocupado en estos menesteres científicos y después en los pedagógicos con la fundación de un famoso colegio, Santiago Pérez no empezó a influir vigorosamente en la vida pública sino con la iniciación del régimen radical, después de la Convención de Rionegro. Perteneciente a una generación un poco posterior a la de los precursores e iniciadores de la gran transformación política y social, don Santiago confundió los últimos treinta años de su vida con la vida de la república, fué el espíritu puro del radicalismo, asistió a la catástrofe de la libertad, combatió la regresión en la primera fila, sufrió persecuciones por la justicia, y murió en París en el primer albor de este siglo, después de siete años de doloroso exilio.

Su vida y su obra tienen una consistencia y una pureza de diamante, y representan el arquetipo de espíritu civil que fué hasta ayer honor de nuestra república. Como todos los de su generación, fué humanista profundo, estilista luminoso, inconmovible doctrinario de la libertad, héroe y mártir de la probidad, apasionado amante de la patria. Pero sobre todos sus grandes conmilitones y contemporáneas, ostentó una soberana fuerza mental, que lo hizo, con ventaja, émulo de Caro y que lo erige en maestro de ideas; manejó un estilo de oro, como en Colombia no lo ha manejado nadie; mantuvo ante todos los episodios del poder y de la derrota una coherencia infrangible, que lo acredita como paradigma de coraje civil; y expandió sobre su época una bondad de corazón, una sencillez señoril de maneras, una piedad de sentimientos, una incapacidad tal para el odio, la violencia, la vanidad, el truco, la mala fe, la mezquindad, la envidia, que lo erigen, ante nuestros ojos asombrados, en una suerte de santo de la política. Así, en todos los momentos de su intensa vida de escritor, orador, magistrado combatiente, se nos aparece Santiago Pérez en esta recopilación de sus mejores páginas. Si el estilo es el hombre, a un estilo de esa penetración espiritual y de esa gravidez luminosa, tenía que corresponder una vida como la de Santiago Pérez.

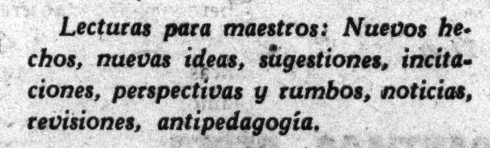
La compilación ha sido hecha por iniciativa y cuidado del académico, jurisconsulto y polígrafo doctor Eduardo Rodríguez Piñeres,

sobreviviente insigne de las generaciones que Santiago Pérez educó en su colegio y adoctrinó en su ejemplo. Cada año que pasa ha hecho más clara la inteligencia, mejor templado el ánimo, más diciente y fino el lenguaje de este noble repúblico, que tan honda huella de su personalidad excepcional viene dejando en la vida jurídica, política, social, de la nación. Un tanto retirado ahora, en su atardecer vigoroso, de la profesión del derecho, que lo cuenta entre sus más grandes cultores, el doctor Rodríguez Piñeres ha vuelto sus actividades a la evocación y presentación de la grande época radical, cuyos últimos fulgores alcanzaron a irradiar sobre la adolescencia del historiador, y cuya savia doctrinaria y moral ha henchido de noble significación su vida de hombre público, escritor y jurisconsulto. Rodríguez Piñeres ha hecho anteceder esta representativa selección de escritos de Santiago Pérez, de una admirable estampa del maestro, trazada con esa precisión y esa sobriedad que le son propias, y que constituyen la elegancia de las letras.

De los variados aspectos de la personalidad intelectual y política de Santiago Pérez supo el compilador extraer, entre una inmensa mole de labor escrita, las páginas más representativas y las que tienen un mayor valor de permanencia histórica, doctrinaria, estética. Ya se hizo mención del viaje de reconocimiento científico, hecho a pie o a lomo de hombre, por el Chocó de hace cien años, que es objeto del estudio del joven Pérez como relator de la Comisión Corográfica. Otra parte de la compilación está ocupada por ensayos de literatura, de moral, de derecho público interno, de derecho internacional, que no pierden actualidad, pasados los problemas contemporáneos que los suscitaron, por la solidez y universalidad de la doctrina. Después aparecen los tres magnos discursos de don Santiago, en el entierro de Murillo Toro, en la inauguración del Ateneo y en una distribución de premios universitarios, que figuran en toda antología nacional. Pero la parte más interesante del volumen, la constituyen los documentos políticos de Santiago Pérez, como periodista, como parlamentario, como jefe de partido, como primer magistrado de la nación, como anciano desterrado y proscrito. Contienen ellos tal sustancia de doctrina, revelan tan luminosa equidad, están animados de fe tan profunda e inalterable en el poder vivificante de las ideas, aparecen todos tan estrechamente ligados, al través de apartadas épocas y antipódicas circunstancias por una coherencia intangible de principios, que su lectura puede recomendarse hoy con más provecho acaso que en las épocas en que fueron escritos.



QUÉ HORA ES ...?



Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Edipo, la Esfinge y el mestizaje en América

Por Antonio REBOLLEDO

(*En Rep. Amer.*)

Esquilo primero, Sófocles y Eurípides después interpretaron en el drama de la antigüedad clásica una vieja e inquietadora experiencia humana: el sentimiento erótico que el hijo siente por la madre. La leyenda que inspiró a estos poetas a escribir la tragedia de Edipo pertenece a la mitología griega, la cual, con su aguda perspicacia en los problemas humanos, no deja de advertirnos que Yocasta, madre y luego esposa inadvertida de Edipo, era una mujer de señalada belleza. Cabe recordar también que, según lo menciona Homero varias veces, antes de consumarse el incesto, Edipo dió muerte a Layo, su padre.

El conflicto moral que plantean en estas obras los clásicos de la antigüedad con el tema inaceptable del amor de Edipo se resuelve, como es natural, en tragedia. No otra solución sería posible para censurar esta conducta, resabio instintivo del hombre primitivo, por parte, sobre todo, de escritores como los griegos, tan constante y tan profundamente preocupados con la ética social. Significativa es, sin embargo, la insistencia con que estos dramaturgos se ocuparon de este tema, insistencia que se debe en parte, sin duda, a que el asunto se presta admirablemente para la técnica del drama, ya que contiene de antemano germen de tragedia.

Pero no es de suponer que la historia de Edipo hubiera seguido interesando la curiosidad literaria y científica del mundo, si sólo se tratara de un entretenido y adecuado recurso literario, y no de un problema humano como lo es, universalmente sentido. De ahí que no solamente los trágicos griegos de la antigüedad, sino que escritores modernos como Corneille y Voltaire, para no citar sino los ejemplos más conocidos, se ocupan también de este mismo tema. Y no diremos nada de la psicología contemporánea, que lo estudia prolijamente como una experiencia humana fundamental. En la actualidad existe una extensa literatura científica acerca de lo que ha dado en llamarse el complejo de Edipo.

Y es que este tema que disgusta y causa horror al hombre civilizado en sus monstruosas manifestaciones primitivas, constituye, en sus aspectos normales, como inicial motivación humana, no sólo una superación de atavismos ancestrales, sisno un modelador de actitudes sociales deseables. Examinemos brevemente lo que los estudios de psicología nos revelan sobre el complejo de Edipo, que consta de dos etapas distintas bien definidas.

Una de las primeras experiencias agradables del ser humano, luego de haber sido arrojado a este mundo hostil y frío, es el cuidado y el sustento que el niño recibe de la madre, para quien, por estas razones, siente un apego instintivo y natural, que pronto se convierte en amor. Amor incipiente, pero amor, del varón por la hembra. Y amor quiere decir admiración, necesidad de posesión del objeto amado.

Los estudios de antropología social demuestran que, en efecto, es amor lo que el infante siente por la madre. La psicoanáisis lo ha comprobado también con innumerables experimentos. Uno de los ejemplos más comunes que se da para ilustrar este fenómeno es el atractivo que el seno de la mujer ejerce en el hombre, el cual proviene del placer bucal derivado de este órgano en la época de la lactancia.

Este primer amor del hijo por la madre, experiencia ontológica del ser primitivo, predomina hasta que se pierden los primeros dientes de leche, entre los cinco y los seis años. Como consecuencia natural a su amor, el niño siente celos hacia el otro hombre que comparte las atenciones y el cariño del ser amado, que es el padre, su rival, un rival muy superior en fuerzas, en destreza, en inteligencia. Enfrentado con una rivalidad tan desproporcionada, no le queda al niño otro recurso que imitar a este rival a fin de adquirir sus cualidades, a fin de igualarlo, de llegar a ser como él es. El hijo se convierte por eso en émulo del padre.

Esta época de imitación del niño es, según la psicología, la segunda etapa en el complejo de Edipo. El niño se aparta ahora de la madre en cierta medida y concentra su atención en observar y en imitar a su progenitor. En la normalidad de los casos, el afán de imitar al padre, obliga al niño a admirarlo en todos sus rasgos y lo induce a imitar las características deseables, lo mismo que las que no lo son, las socialmente inaceptables, o personalmente represensibles.

La segunda etapa en el complejo de Edipo constituye el aprendizaje del niño en su carrera de hombre. Lógico es, pues, que la manera de ser del padre, sus ideas, sus conceptos, sus prejuicios, sus actitudes tengan mucho que ver con la formación del niño, el gran imitador.

Según lo expuesto, el complejo de Edipo es un fenómeno básico en el desarrollo del carácter y de las ideas del hombre. Sus afectos, sus preferencias, sus gustos, sus repulsiones estarán condicionados por lo que vió, oyó y experimentó en esta época de su vida.

Esto no impide por cierto que más tarde el hijo se convierta en severo juez del padre, sobre todo si el hijo ha superado al padre en sus virtudes o rasgos de carácter, o en sus conceptos intelectuales. Es decir, que el complejo de Edipo, aunque fundamentalmente es el gran modelador de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, no evita que éstos puedan alterarse, positiva o negativamente, por virtud de las propias cualidades o defectos atributivos del hijo.

Todo lo indicado es lugar común en cualquier texto de psicología infantil. Bien sabido es también que los psicólogos modernos, en su rama especializada de la psicoanálisis, se valen de la teoría del complejo de Edipo para desenterrar impresiones o experiencias infantiles escondidas en el subconsciente que puedan explicar anormalidades de la conducta y que ellos corrigen haciendo comprender el error, lo absurdo, la inutilidad o lo inofensivo de la experiencia infantil, culpable de la anormalidad.

Dejando a un lado este aspecto de la psicología que tiene relación sólo con la conducta del individuo, entremos más bien en los terrenos de la antropología social á fin de analizar ciertas actitudes sociales en el hispanoamericano que tienen íntima conexión con el complejo de Edipo.

Ezequiel Martínez Estrada, en el penetrante estudio que sobre la Argentina hace en su *Radiografía de la Pampa*, acertadamente indica que el colonizador español se unió a la india por necesidad sexual, por simple lujuria y no por amor. Es decir, que esta unión careció del elemento de selección, de preferencia, de seducción, que es lo que distingue el amor de la unión fortuita.

El colonizador español en la América soñaba con enriquecerse con el oro de Indias para luego volver a España y allá elegir como compañera a una mujer de su raza. Este sueño no pudo realizarse en la mayor parte de los casos y el colonizar se vió forzado a abandonar el sueño y a conformarse con hacerse propietario de tierras, que no se podían transportar, y a tomar a la india, a la que no amaba, ni admiraba, para satisfacer sus necesidades sexuales y para que le sirviera de ama de casa.

De esta unión forzada, sin ilusión, que conserva recuerdos de violencia y abriga resentimientos, nace el mestizo de América, producto no solamente de dos razas y de dos culturas disímiles, sino también del desengaño del conquistador, que en lugar de las riquezas soñadas y del anhelado retorno al terruño, se convirtió mal a su gusto en colonizador y se quedó en suelo extraño, rumiando su soledad y su descontento.

¿En qué forma se manifiesta y cómo se resuelve el complejo de Edipo en el mestizo de América? El antropólogo, con igual procedimiento que el psicoanalista, busca en los orígenes las causas de las taras sociales, lo mismo que de las idiosincrasias de los pueblos.

En la primera etapa del complejo de Edipo, natural y lógico era que el niño de América sintiera amor por la madre india, solícita y amorosa como la que más. Nada hay que no indique una conducta normal en estas primeras relaciones de madre india e hijo mestizo.

Es en la segunda etapa, cuando, al alejarse de la madre y descubrir que el padre, el rival imitado, no siente amor por la madre, que surge el conflicto psicológico que ha de perturbar toda la vida del mestizo.

Brusca y claramente, va descubriendo el niño mestizo que no solamente el padre no siente amor por la madre, sino que no tiene aprecio, ni consideración por las ideas, ni por la cultura de la madre.

Ante esta actitud desconcertante, el mestizo se siente perplejo. Pero su necesidad de imitar al padre lo hace adoptar la misma actitud de éste, aunque se reproche de ello.

El menosprecio por el color y por los rasgos fisonómicos indios, el desprecio por la religión y por las costumbres aborígenes representadas por la madre son las actitudes aprendidas por el mestizo en esta época y que son responsables por la perplejidad que se apodera de él y que traen consigo la vergüenza que siente por lo que en él hay de la considerada indeseable herencia india. Esta es la base del sentimiento de inferioridad del mestizo.

Esta segunda etapa del complejo de Edipo, aparte del menosprecio a la madre y por

oposición a ello, enseña al mestizo el aprecio del sueño paterno: la idealización de la mujer blanca y de la cultura europea.

Si es posible buscar en la literatura la expresión de la vida mental y la revelación de la psicología de un pueblo, en la de Hispano-América podemos sin duda encontrar sobrados ejemplos para ilustrar la preferencia del mestizo de América por la mujer blanca y la idealización que de ella hace. Baste con recordar la obra de Zorrilla de San Martín. En *Tabaré*, obra que por romántica trata de hurgar en el alma autóctona, vemos cómo el héroe mestizo se enamora de una mujer blanca. En *Cumandá*, de Juan León Mera, o en la *Cautiva* de Echeverría, las heroínas son mujeres blancas. No sería difíl encontrar muchos ejemplos parecidos. Son blancas las mujeres que desea y de las que se enamora el mestizo.

Al mismo tiempo, sin embargo, que el mestizo desarrolla conscientemente esta actitud negativa hacia la madre, el apego sentimental y la lealtad que guarda hacia ella como rezago de la primera etapa del complejo de Edipo lo hace rechazar instintivamente al padre, en quien reconoce culpabilidad en su trato y en sus relaciones para con ella. Aunque participa con el padre de su desdén para lo que la madre representa, no justifica su arrogancia, ni su crueldad. He aquí el conflicto, el contrasentido, el choque de sentimientos contradictorios. Contradictorio es por esto que es el mestizo, porque está perplejo, en pugna consigo mismo, con dos sentimientos opuestos que lleva dentro.

Sólo teniendo presente estos antecedentes se pueden explicar muchos de sus rasgos de carácter, sólo conociendo estas circunstancias psicológicas podemos explicarnos su conducta a través de las páginas de la historia. Sólo comprendiendo los conflictos que agitan al mestizo podemos hacer luz en los problemas sociales de América.

El conflicto entre el menosprecio a la raza y a la cultura de la madre y la censura y la indignación ante la conducta del padre produce en el mestizo un carencia de armonía interior. Por eso es que la falta de seguridad en su persona es una de sus peculiares idiosincrasias, falta de seguridad que se traduce en acciones contradictorias. De ahí que sea insubordinado a veces y a veces sumiso, altanero y humilde, intrépido y tímido.

La falta de seguridad produce un sentimiento de inferioridad, cuyos síntomas se reconocen en el mestizo: taciturnidad, ira, melancolía, abulia, irresponsabilidad, artería. En el *Facundo* de Sarmiento tenemos ejemplos numerosos de muchas de estas características. Recuérdense las iras salvajes de Quiroga ante cualquier provocación, su taciturnidad, su artería.

El prurito de ostentación es otra característica común en Latinoamérica que proviene de la peculiar psicología del mestizo. La indumentaria que está fuera de toda relación con el pecunio es un ejemplo de este prurito de ostentación. Sabido es que en las ciudades de Hispanoamérica, más que en otras del mundo, un anhelo general es vestirse con telas finas de casimir, o con pieles y sedas. Este afán de ostentación lleva a empeñar haberes, a incurrir en trampas y hasta a vender la honra, que sólo se explica como una necesidad que tiene el mestizo de recompensar el sentimiento de inferioridad, de reemplazar la inseguridad personal con una apariencia de distinción y refinamiento.

En la novela contemporánea de Hispanoamérica hay minuciosas descripciones de esta característica. Los temas centrales de *La Marchanta* de Mariano Azuela y *Yo una vez fui rico* de Rubén Romero, no son otros que el afán de lujo, de ostentación de nuestras gentes, el cual empieza en la indumentaria, pasa al domicilio, sigue en el automóvil y con frecuencia termina en la bancarrota, la cárcel, o en la pérdida de todo escrúpulo. Características semejantes a ésta son la jactancia, la fanfarronería, el diletantismo, la manía de pasar por culto, de aparentar riquezas o aristocracia, en suma, la pedantería, que Eduardo Mallea llama "representación" de lo que no se es.

Pero quizás nada más característico, ni más revelador de los complejos del mestizo como el deseo de ocultar la sangre india, lo cual se manifiesta con la ira delatora, o con la negación rotunda cuando se insinúa la herencia india. Viene al caso aquí citar un incidente auténtico relatado no hace mucho en una revista americana muy difundida y prestigiosa. El incidente ocurrió en el seno de la familia de un conocido arqueólogo de uno de nuestros países latinoamericanos. Este arqueólogo, hombre de sólida cultura, se enorgullecía con justa razón de su raza de pura ascendencia india. Sus hijos, de madre inglesa, amenazaron con suicidarse si el padre insistía en clasificarlos como indios en el censo que entonces se verificaba. Ante tan insólita amenaza, el padre tuvo que ceder, clasificando como blancos a dos de sus hijos en quienes predominaban las características de la raza de la madre, y como a indio a aquel en quien se marcaban más los

rasgos del padre y el cual no objetaba a ser clasificado como indio.

El deseo del arqueólogo de querer clasificar a sus hijos como indios, más bien que como a mestizos que lo eran, debe interpretarse como un esfuerzo para dar el ejemplo en suprimir la práctica opuesta tan generalizada de negar por vergüenza la sangre india y de clasificarse como blancos, aunque sólo sean gotas de sangre blanca las que se tengan. Significativa es la actitud de los hijos reacios al deseo del padre, quien o no logró trasmitir a sus hijos el amor por lo indígena que él tenía, o éstos cedieron a la influencia del medio ambiente.

Estas y otras características del hispanoamericano que son síntomas de su conflicto de mestizo, han sido observadas, comentadas y representadas con más o menos exactitud por filósofos, sociólogos, novelistas y pensadores en general, tanto europeos como americanos del norte y del sur. Ahí están, entre los contemporáneos, las obras de Keyserling, de Waldo Frank, de Manuel González Prada, de Rómulo Gallegos, de Eduardo Mallea, de Ezequiel González Martínez, de Rubén Romero y de tantos otros más.

No han faltado recetas, por supuesto, para enmendar la plana. En el siglo pasado, se habló de europeizar a Hispanoamérica. Recordemos a Juan Bautista Alberdi. Recordemos la influencia francesa en las costumbres, en la literatura, en las ideas. Francia era el modelo en todo; París, su ideal de vida.

Lo curioso es que aunque la Argentina, aprovechando sus peculiaridades geográficas, logró intensificar la inmigración europea hasta convertirse en un país esencialmente blanco, las características del mestizo de las que venimos ocupándonos, prevalecen marcadamente en este país. ¿No es así, señor González Martínez? Son contagiosísimas estas taras psicológicas de la colonia.

Y ya que hacemos referencia a la población blanca, debemos advertir que ésta no pasa en la actualidad del treinta por ciento en toda Hispanoamérica, aun incluyendo en dicho porcentaje a las poblaciones de países como el Uruguay, la Argentina, Costa Rica y Cuba, que son predominantemente blancos. Es decir, que de los ochenta y cinco millones de hispanoamericanos, el setenta por ciento son mestizos o indios.

Si en Hispanoamérica hay alguna tendencia hacia la hegemoneidad racial, ésta es sin duda hacia el mestizaje, tendencia que se acelerará una vez que el blanco pierda su hegemonía económica, como lo indica el ejemplo de México.

El mestizaje es, pues, una característica general y permanente de Hispanamérica. Por lo tanto, los problemas del mestizaje son también generales a todos nuestros países. La novela hispanoamericana, la de México como la de la Argentina, la de Cuba como la del Ecuador, lo atestigua de una manera clara y contundente.

Otra receta fácil y popular que se ha venido dando para remediar los males que nos aquejan es la de depurar e insistir en la tradición católica. Entre los que la favorecen con entusiasmo se halla nada menos que José Vasconcelos, el autor de *Indología*.

Indudablemente, el catolicismo tiene en su doctrina los medios para que el hombre, al hacer honrado examen de conciencia, se conozca, se descubra y se corrija. ¡Cuánto bien le haría al mestizo poder hacer esto a fin de conciliar los conflictos que consciente o inconscientemente lo perturban!

Habrá que convenir, sin embargo, en que después de cerca de dos mil años de prueba, el catolicismo, a pesar de tener en la confesión una técnica de psicoanálisis elemental, no ha logrado que el hombre cambie de índole, ni mejore de conducta. Habrá que convenir también en que el catolicismo, y el cristianismo en general, a pesar del Vaticano, de Lutero, de Calvino, de Loyola y de Francisco Franco, sufre de una crisis de inconsistencia y de anacronismo. ¿Podrá otro Tomás de Aquino, en esta era de energía atómica y de materialismo económico, probar que el libre albedrío es compatible con la justicia social? Antes de inventar una respuesta a esta pregunta, como la hecha por Emmanuel Mounier en su *Introducción a los existencialismos*, pensemos que el hombre del siglo veinte, no está tan preocupado en hallar la felicidad personal, que ya la sabe escurridiza e inasible, como en eliminar las calamidades del mundo.

Pero este es un problema universal que, al margen de la religión, vienen planteándoselo las dos potencias mundiales del momento con obcecados argumentos de propaganda y obstinados desplantes desafiadores.

Independientemente de cómo se resuelva este vital conflicto de ideologías y por mucho que a los hispanoamericanos nos interese juzgarlos en sus intenciones y en sus resultados, tenemos todavía que resolver nuestras situaciones internas, nacionales, personales. Y es que por mucho que se hable de universalismos que, de una forma u otra nos afectan de una manera decisiva, no dejamos por eso de ser entidades raciales, nacionales, con cultura y problemas propios.

En la historia de Edipo, Homero nos relata que antes de casarse con la hermosa Yocasta, Edipo tuvo que descifrar el enigma que la Esfinge le presentaba.

Este incidente de la leyenda es significativo, pues entraña el simbolismo de que el hombre debe interpretar los misterios de su existencia para conocer la naturaleza de su ser biológico, para comprender la índole de su ser espiritual.

La mitología tiene muchos simbolismos como este que la fantasía del hombre ha creado para explicar los secretos de su existencia. Pero el "conócete a ti mismo" que Sócrates y la Biblia aconsejan, ha inducido al hombre moderno a descifrar por métodos científicos, es decir de experimentación comprobada, muchos de estos enigmas.

Desde que Nietzsche corrigió el error de los psicólogos del siglo pasado de creer que bastaba con hacer un esfuerzo de introspección para conocerse, se han hecho acertados análisis de la conducta. La introspección sola no era exacta, pues el hombre disculpa siempre sus acciones, y los motivos de ellas, por absurdas que sean.

El mesitzo de Hispanoamérica, es decir toda Hispanoamérica, necesita descifrar su enigma a fin de conocerse, de descubrirse, de encontrarse. Sólo así podrá corregir el concepto falso que tiene de su persona y que lo empuja a situaciones artificiales, inseguras y dañinas.

Su enigma consiste en descubrir la belleza de Yocasat, es decir de la madre, para amarla. Pero condición previa del amor es sentir la atracción de la belleza. Sólo amando a la madre, es decir, descubrir la belleza de la tradición india, puede el mestizo resolver satisfactoriamente el complejo de Edipo. El mestizo debe regresar a su pasado indígena, no para vivir en él, no por tradicionalismo inútil, que consiste en refugiarse en las sombras de las glorias pasadas para medrar de ellas, sino por fidelidad a su tradición, que es punto de partida para corregir el error de creer que su origen es denigrante. Sólo revisando críticamente el error impartido por el padre conseguirá el mestizo tener un sano, un decoroco concepto de su persona.

La antropología social moderna puede servir a estadistas precavidos y a educadores inteligentes para ayudar al mestizo a devolver dignidad a su origen indígena, haciéndole comprender que su madre india, cultivadora del maíz, amante de la libertad, enamorada del arte, no era inferior en nada al padre español, e infundirle así el respeto que es indispensable para que acepte sin conflictos su sangre india y armonice su mezcla de razas.

México es el país de Hispanoamérica que con más conciencia histórica y con más sentido realista de su naturaleza humana ha hecho un esfuerzo inteligente y sincero por restaurar la dignidad de su pasado indígena precortesiano, así como para rehabilitar al indio actual a su categoría de persona y de ciuda-

dano, condiciones requeridas para un propicio mestizaje racial y cultural.

Para alcanzar estos fines, México ha señalado el camino que debe seguirse en lo cultural y en lo económico. Sus investigaciones arqueológicas han dado a conocer los ricos tesoros de las civilizaciones aborígenes, prueba elocuente del talento artístico, de la capacidad organizadora, de la imaginación y de la industria del indio.

La pintura muralista de Diego Rivera, de Clemente Orozco, de Alfredo Siqueiros y de los continuadores de éstos ha servido para denunciar las injusticias de que ha sido víctima el indio y para despertar entusiasmos por su causa. Más que ningún otro vehículo cultural, la pintura mexicana ha servido para difundir las ideas de reforma que son esenciales para la rehabilitación política, social y económica del indio.

Igual propósito, naturalmente, ha tenido la literatura indigenista de Hispanoamérica, pero debido al enorme número de analfabetos y de semianalfabetos que existe en nuestros países, su influencia no ha sido muy eficaz, a juzgar por la indiferencia con que se contempla el problema del indio en casi todos nuestros países.

En lo que México sin duda ha señalado mejor el camino para la rehabilitación del indio, es en los esfuerzos económicos y educativos que ha hecho. Lo lamentable es que no se haya insistido con la suficiente convicción en los programas lanzados con estos fines para verlos realizados en su totalidad, o siquiera para que se hubieran podido observar sus beneficios de una manera convincente.

Como ejemplo de lo dicho, tenemos la reforma agraria, la cual se ha llevado a cabo solamente de una manera parcial, esporádica y sin que haya dado los resultados que podrían esperarse, precisamente porque ha sido una reforma incompleta, a salto de mata, a la que le ha faltado decisión y empuje.

Después de cuatrocientos años de abandono, de explotación y de servidumbre, no se podía esperar que el indio se convirtiera de buenas a primeras en un agricultor, administrador y negociante competente por el sólo hecho de entregársele unas parcelas de tierra.

Pero aunque la reforma agraria de México no haya alcanzado de momento un éxito arrollador, no por eso deja de constituir un ejemplo de lo que tarde o temprano tendrá que hacer toda la América Latina. El reparto de tierras al indio que la trabaja y de quien fueron usurpadas es un requisito indispensable e ineludible para devolver al indio su dignidad social. Si este reparto se hace en parcelas individuales o en forma de cooperativas agrícolas es asunto de experiencia local. Pero de una manera u otra, el latifundismo semifeudal y anacrónico debe destruirse en su totalidad para dar lugar a la democracia económica, sin la cual es en vano aspirar a la democracia política.

Otro ejemplo de lo que se ha hecho en México para rehabilitar al indio, lo tenemos en las misiones culturales. Fueron éstas una tentativa excelente a la que le faltó persistencia. Su fracaso no desdice, sin embargo, las posibilidades que tenía. Los métodos empleados por las misiones culturales, tal como se llevaron a cabo, no habrían sido tal vez los más adecuados para llenar su cometido. Pero no se puede negar que los propósitos que tenía de instruir al indio que vive aislado de la civilización en el manejo de herramientas, en los métodos modernos de agricultura, en la prevención de enfermedades y en cien otros proyectos a fin de que él mismo mejore sus condiciones de vida, son pasos que con tenacidad y con amor deben tomarse para sacar al indio de su atraso y de su miseria. Es una deuda que la cultura del blanco le debe.

La campaña de alfabetización que México y todos los países hispanoamericanos tienen emprendida, con todo lo laudable que es, adolece del defecto de que, a no ser que esté acompañada de otras campañas de alimentación, de sanidad y, sobre todo, de mejoramiento y de reforma económica, de por sí es impotente para resolver los problemas básicos del indio y de las poblaciones hispanoamericanas en general.

Estos esfuerzos económicos y culturales encaminados directa o indirectamente a devolver al indio su categoría de persona y de individuo responsable son proyectos conscientemente emprendidos por algunos gobiernos, a instancias y con la colaboración muchas veces de artistas e intelectuales. Hay una fuente de cultura, sin embargo, que no proviene de intelectuales, ni tiene origen en ningún gobierno, sino que es espontánea expresión del sentimiento popular y que por esto mismo es de gran valor en el papel que urge desempeñar en esta idea de devolver al indio su aprecio social. Esta fuente es el folk-lore indígena.

Gran parte del folk-lore actual de la América Hispana es de origen español. En México, pongamos por caso, país indio y mestizo por excelencia, fuera de algunas excepciones, la música y el baile populares son de origen español. No cabe duda que en este país los conquistadores lograron extirpar las manifestaciones del arte popular. No fué así, en cambio, en el Perú, Ecuador y Bolivia, a pesar de que las Crónicas nos relatan que se hicieron enormes cerros con los instrumentos musicales indígenas que luego se quemaron. La música y los bailes de origen incaico y aymará se han conservado en las comunidades indígenas de esos países. Ahí están los yaravíes, los huaynitos, los cachullapis, los cashwas, los sanjuanitos, en los que no se notan ritmos europeos y que con tanto entusiasmo como sentimiento se tocan y bailan en los valles andinos. La música es triste, expresa dolor y angustia, pero tiene dejos tiernos, como de quejas de amor. Los bailes tienen humildad, gracia y súbitos entusiasmos. Son bellísimos, entusiasmos. Son bellísimos, encierran emoción auténtica. Representan el alma indígena con fidelidad.

Hasta hace apenas quince años, esta música y estos bailes no habían invadido las ciudades, centro de las poblaciones de blancos, donde se cultivaba exclusivamente el vals, el pasodoble, el foxtrot, el tango. Hoy día en Lima, ciudad de costa, fundada por Pizarro, orgullosa de su linaje virreinal, se escucha esta música india y se bailan estos bailes indios en los mejores círculos sociales, indicio irrefutable de que el espíritu de lo indio está penetrando e influenciando la cultura blanca.

Esta es la fecundación bienhechora que es necesaria para lograr lo único que puede ser auténtico, porque es lo único verdadero en la América Latina: el mestizaje racial, cultural y espiritual.

Connecticut Collage
New London, Connecticut, U.S.A. 1950

Tatica Kuasram

(Leyenda brunca. En *Rep. Amer*)

Allá arriba, en el "Cerro del Volcán", solitario con sus ganados innúmeros, vive un anciano topoderoso. Frecuentemente se le ve, a lo lejos, bañarse en las quebradas vecinas o caminar lentamente por las lomas. Lleva un raro bastón de mando en la derecha, y su presencia infunde respeto y silencio. Algún indio lo ha encontrado de improviso en su camino y entonces ha sentido la necesidad de clavar los ojos en la tierra y de continuar su marcha en silencio.

Aunque raras veces, Tatica Kuasram baja de sus soledades montañesas para visitar a sus protegidos, los silenciosos brunkas. Nadie lo identifica, sin embargo. Cuando la chicha exalta los ánimos, provoca contorsiones y enturbia las miradas, se ha visto a un extraño anciano caminar por las irregulares calles del pueblo, llegar hasta los ranchos enfiestados y pedir como cualquiera su guacal de yubuj. Es posible que el venerable anciano quiera estar en contacto directo con los suyos, conocer sus tristezas y alegrías y, como simbólica expresión de cariño, compartir la chicha de sus fiestas.

Una vez en Kuasram, durante la fiesta de los kabruk, demostró de una manera original su entrañable cariño por los brunkas. Vivió un violento idilio con una de las más hermosas hijas de su pueblo. La india no sospechó que se tratara del sagrado abuelo. Consumida la chicha, es decir, finalizada la fiesta, el desconocido amante se despidió con tan misteriosas revelaciones, que no quedó duda de su naturaleza sobrehumana. Con voz firme y casi indiferente advirtió el extraño a su compañera que concebiría un hijo de ambos, a quien él se llevaría una tarde en los brazos poderosos del viento. Pensativa quedó la mujer desde entonces, mientras el tiempo discurriendo veloz confirmó la profecía del extraño amante, quien no se volvió a ver en Boruca desde el día en que hizo sus revelaciones.

Nació y creció el niño, orgullo de su madre. Sus facciones eran evidentemente brunkas; pero tenía una singular inteligencia y cierto

aire misterioso que lo distinguía de los demás muchachos del pueblo.

Una tarde el chico se encontraba jugando cerca del rancho. Su madre y un tío lo observaban sonrientes a poca distancia. Súbitamente un viento huracanado azotó, despeinándolas, las amarillentas melenas de los ranchos. Y el niño se fué por los aires hasta perderse en las nubes. El tío del muchacho había querido detener su vuelo, pero la madre le recordó la profecía de Kuasram y la necesidad de resignarse. No se supo nada del desaparecido. Sin embargo, en diferentes lugares alejados de Boruca algunos brunkas se han encontrado con un joven que les habla correctamente su propia lengua y cuya conversación denota un absoluto conocimiento de Boruca y de sus moradores; pero, aunque las descripciones que hacen del extraño personaje coinciden, nadie ha logrado identificarlo jamás y desaparece cuando menos se espera. Hay quienes piensan que este misterioso joven es el hijo de Kuasram. Otros creen que el anciano, cansado de su soledad, ha querido compartir sus serranías con su vástago y ambos habitan ahora los extensos territorios despoblados.

Solo o acompañado de su hijo, el venerable viejo vela desde sus cerros silenciosos por el bienestar de sus protegidos con paternal cariño. Sus ojos, desde las cumbres desoladas, miran el pintoresco embudo de ranchos que forma el pueblecito; cuida de que las cosechas sean buenas, de que el vientre de las mujeres sea fecundo para que Boruca no se extinga como ya casi ha desaparecido Térraba.

Generoso y comprensivo con los brunkas, Tatica Kuasram muestra constantemente su deseo de protegerlos y ayudarlos. En ocasiones, sin embargo, la buena voluntad del abuelo no es correspondida y entonces el viejo se ve obligado a dar severas lecciones a los ingratos.

Hace muchos años vivía en Boruca un hombre laborioso y honrado. No obstante su esfuerzo, sus cosechas y sus ganados eran escasos. Kuasram lo observaba desde sus cerros y, compadecido del indio, quiso ayudarlo con su intervención. Una tarde apareció junto a las pocas vacas de Ponciano Delgado un hermoso toro negro, robusto y brillante, de relucientes cuernos dorados. A partir de entonces, como por obra de magia, las vacas del indio fueron aumentando prodigiosamente ante el asombro de su afortunado dueño que se llenó de alegría. Por las tardes Ponciano observaba satisfecho su creciente hato y su mirada se detenía a contemplar la bella figura del gran toro que tanta fortuna le había traído. Lo que más le atraía del animal era el brillo fascinante de sus cuernos. Mirándolos con detenimiento, Ponciano se acercaba y en silenciosa contemplación pasaba las horas hasta que la noche tiraba sus sombras sobre aquel fulgor dorado que tanto lo seducía. Se metía el indio en su rancho para tratar de dormir, pero los cuernos dorados seguían brillándole en los ojos como un paréntesis de fuego. Con esta visión permanente un mal pensamiento fué metiéndosele en la cabeza como una flecha envenenada. ¿Por qué él, que era algo así como el dueño del hermoso toro negro, no podía aprovecharse de sus cuernos de oro macizo cuyo valor sería incalculable? Al principio trató de desechar tal idea; pero la ambición es un gusanillo muy difícil de extirpar. El deseo de tener en sus manos aquel oro fué clavándose cada vez más hondo en el cerebro atormentado del indio. Después de largas noches de insomnio, una noche Ponciano se tiró violentamente del camón de chonta en que estaba extendido; tomó resueltamente su vieja escopeta de caza y se encaminó al potrero en que descansaba el ganado. Allí estaba el paréntesis dorado brillando como copias gemelas de la luna. A pocos pasos la escopeta del indio apuntó temblorosa. Una sola explosión hizo pedazos el silencio compacto de la noche y el toro se esfumó en las tinieblas.

A la mañana siguiente se encontró tirado entre la hierba el cadáver de Ponciano Delgado, con los brazos abiertos junto a su escopeta de caza. Tatica Kuasram dió así una buena lección a los ambiciosos.

Allá, desde el cerro del Volcán, el anciano continúa contemplando el bello embudo de ranchos de Boruca. Y los brunkas viven tranquilos, confiados en la mirada protectora del abuelo, su existencia apacible y monótona.

Pedro ANDINO.

Costa Rica, junio de 1950.

Hechos, ideas, opiniones

Por B. SANIN CANO

(En *El Tiempo* de Bogotá. 24-VII-50)

Algunas noticias, de significación profundamente humanas se quedan, por eso mismo, sin llegar hasta nosotros debido a la abnegación y al desvelado interés de las empresas noticieras por la tranquilidad de sus clientes. Está aún en el recuerdo de las gentes la importancia que se le dió a la transmisión de noticias relativas a "hechos", cuando se discutía la carta de los derechos humanos. Menos interés parecía haber entonces en lo relativo a la circulación por el cable, de opiniones o ideas. Siempre se ha creído que hay un cierto peligro en dejar que se conozcan, libremente y sin límites de distancia, el modo de sentir de los hombres acerca de ciertas materias. La difusión de informaciones relativas a los hechos, como inundaciones, terremotos, grandes tempestades atmosféricas, no envuelve mayores cuidados o sospechas, aunque ocurre, no en muy raras veces que hay hechos de por sí tan graves al ser conocidos, como las opiniones más atrevidas o extravagantes.

De dos hechos importantes acaecidos en fines de mayo y principios de junio de este año tormentoso, no han considerado saludable ni oportuno darnos conocimiento en Bogotá las empresas noticieras, acaso por tenerlos como acaecimientos dignos de quedar relegados al cesto de papeles inútiles, o a lo más, a los archivos en que suele buscar alimento la curiosidad de los historiadores.

El primero de estos acontecimientos aparece relatado en el más antiguo y caracterizado semanario liberal de Nueva York, en su número del 20 de mayo. Resulta que a tres jueces de una corte de apelación, en California, les ha dado por entender la constitución de ese Estado y la carta de las naciones unidas, en su sentido literal. Según tal constitución, la ley del Estado es, primeramente, la constitución nacional (dentro de cuyo sentido se ha redactado la de California), y luego los tratados debidamente celebrados. Uno de éstos es la carta de las naciones unidas, en uno de cuyos artículos se lee que uno de los propósitos que los firmantes de ese documento tienen en mira "es el de promover y estimular respeto por los derechos humanos y por las libertades fundamentales para todos, sin distinción de raza, sexo, lenguaje o religión". Combinando estas dos disposiciones de una ley suprema, dice el semanario, "los jueces declararon inválido un estatuto de California que les prohibe a los extranjeros no nacionalizables (es decir, a los japoneses), adquirir propiedad raíz". La sentencia de la corte local de apelación ha causado no poca sorpresa, pues se pensaba que, con toda su solemnidad, una carta como la de las naciones unidas, no podía venir a poner en dificultades a los legisladores de un Estado soberano, si bien no en un todo independiente. El caso pasará, sin duda, a la Corte Suprema de los Estados Unidos, y es de ver la seriedad con que ese alto tribunal habrá de considerar el conflicto surgido entre la ley permanente de todas las naciones, y la transitoria voluntad de algunos gobiernos o corporaciones, ufanos o ignorantes del alcance de su soberanía.

El otro incidente dejado pasar inadvertido por las agencias telegráficas, en el mes de junio, es tal vez de más graves y significadas consecuencias. Como es universalmente sabido, pero no por eso menos contradictorio, para las gentes de viejas creencias políticas, se han creado, por ley, en Estados Unidos, juntas destinadas a investigar las opiniones políticas de los ciudadanos, con la mira de prevenir el peligro de amagos contra el gobierno de esa po-

derosa nación. Y un senador se ha hecho famoso con sus ataques y acusaciones irresponsables contra personas de respeto, algunas de alta posición en el gobierno, las cuales no pueden usar el recurso de defensa ante los tribunales, acusando al senador por difamación o calumnia, pues lo defiende su inmunidad parlamentaria. Atentos a esto, y en defensa de la ciudadanía y del buen nombre de la nación, siete senadores, todos republicanos, entre los cuales figura la señora Margarita Chase Smith, del Estado de Maine, como inspiradora de la moción, han hecho constar que "es ya más que pasado el tiempo de que dejemos de ser instrumentos y víctimas de técnicas totalitarias, técnicas que si continúan sin restricción en este país, seguramente le pondrán fin a lo que más hemos amado en la forma de la vida norteamericana. Hablando por sí misma, la senadora Smith fué más explícita. Refiriéndose al senador a quien se ha hecho alusión, mas sin nombrarlo, por respeto al protocolo, hizo notar cómo "esa conducta hacía descender el senado al nivel de un foro de odio y de eliminación del carácter, resguardado por la inmunidad parlamentaria, pues la constitución tiene establecido el juicio por jurados, no por mera acusación".

Estas formas de pensamiento pertenecen al número de las que el cable no se preocupa por difundir, pero, difundidas o no por el cable, de ellas, con el tiempo, se tiene conocimiento por medios de menos capacidad expansiva. De un modo u otro su difusión sirve para ilustrar la conciencia de los pueblos en ambos hemisferios, sobre los peligros a que la libertad está expuesta en estos momentos de prueba para las ideas en que está basada la presente civilización, y de las cuales depende la suerte del mundo.

Es, además, saludable conocer estas muestras de valor cívico en un momento de peligro. Tales ideas tienen la virtud de conjurar el riesgo de la guerra, por las intenciones y maniobras que pone de manifiesto. Hay procederes explosivos, como se ha visto muchas veces en la historia, pero una verdad lanzada a tiempo, y valerosamente, tiene, a su turno, la virtud de prevenir los incendios.

B. SANIN CANO.

El inicio . . .

...de pronto... así... cuando, tras una larga espera, se llega a la meta... y los años de estudio se concentran en unas horas de angustia...

...cuando se vive el instante "supremo" de la vida de estudiante... el "espaldarazo" clásico...; el adiós a las aulas y el principio de la vida profesional... se funden en el momento único... tan ansiado... tan temido...

Al salir y cruzar el umbral simbólico... qué de temores, qué de angustias... qué de recelos hacia un porvenir imprevisible.

Después...

...corren los días presurosos, arrastrando fatigas; la inseguridad de vivir; la responsabilidad de ejercer; la duda de la propia eficiencia...

El eco de congratulaciones, de envidias y suspicacias... castiga interiormente. Ante ello se doblan los propios impulsos y se quiebran los mejores propósitos. La expectación subjetiva de quien empieza a vivir, profesionalmente hablando, es tan poderosa que puede confundir y nulificar al individuo... cuando no se tiene el valor —aun la osadía— necesario para enfrentarse a la vida cara a cara...

Ser profesionista... además de la competencia y representación necesarias... significa ser poseedor de cierto "don de gentes", sin el cual es aventurado emprender el camino...

Y... generalmente... se cree que bastan las teorías aprendidas y todo el fárrago de conocimientos que abruman la alforja...

Se piensa, siempre, que el profesionista debe saberlo todo; que tiene, en todo momento, la obligación de sonreír; de volver la mejilla cuando le atacan... y... la fase complementaria... vestir bien, ser buen anfitrión... gastar con amigos y parientes lo necesario para no dejar la impresión de mezquindad... y sobre todo... no cobrar honorarios...

Sintetizando, el profesionista debe ser una persona suigéneris, inafectable por los problemas económicos, sentimentales, políticos o cronológicos...

Una especie de "sirviente público"... de quien todos pueden disponer con absoluta confianza y trabas de ninguna especie...

Y... entonces... los años que se dejaron atrás... en las aulas... ¿nada significan? Todos aquellos días en que fué necesario dejar de comer o dormir... ¿tampoco?

Esa serie de calamidades, de sinsabores, de miserias y privaciones sin género determinado... ¿no importan al prójimo?...

¿Es que el profesionista vive de la "generosidad" de sus amigos... o de quienes nunca pagan sus servicios...? ¿Por qué se llama "mercenario" a quien sólo hace de su saber un "modus vivendi"?... ¿No es acaso... justo...?

El abogado, el médico, la enfermera, el ingeniero, y con ellos el filósofo, el farmacéutico, el maestro, y otros más... no significan *nada*... cuando tratan de servir a otros...? ¿*A todos*...?

¿Es una guerra contra la cultura...?

¿Es que puede suponerse que aquellos que cultivan el pensamiento y el saber... no necesitan vestir, comer, dormir... descansar... como cualquier ser mortal...?

¿Acaso los "especialistas" en tántos oficios que colaboran con la industria y son indispensables en la convivencia humana... no *cobran* honorarios?

El "saber" de un operario... ¿vale más que el de un intelectual?

¿No es acaso verdad... que para ambas cosas, en su mejor desarrollo y rendimiento... es preciso sacrificio humano... esfuerzo, constancia...?

¿Cómo puede explicarse, entonces, que algunos operarios ganen mucho más que algunos profesionistas...?

¿Sólo se cotizan... "en plaza" las cosas materiales? ¿Por qué...?

Sin embargo... los profesionistas que empiezan, además de pensar en todo ello... tienen que emprender la titánica lucha del inicio...

Carmen VILCHIS BAZ

México, D. F. 1950



Lilian Serpas

Presentación y semblanza de LILIAN SERPAS

Por Javier Arango

(En el suplemento Literario de *El Tiempo*. Bogotá, 4 septiembre de 1949)

Lilian Serpas es una mujer silenciosa y delgada. Suele llevar en el abundante y sedoso pelo negro una flor o un moñito de cinta rosa. Su cara triangular aún joven se detiene a buscarse en las dos pequeñas rayas de los ojos donde la vida se concentra con brillo de oxidiana; se empina en la nariz aguileña para asomarse a la otra raya de la boca y rendir su geometría triangular en la punta del mentón. Lilian Serpas es una mujer colgada de las nubes, ligeramente Olivia.

No tardó en llegar a mis manos su reciente libro de versos, y naturalmente me llené de motivos para no leerlo. Lo imaginaba tan silencioso como su dueña, aunque estuviera precedido de una serie de prólogos, epilogado por una semblanza autobiográfica y dedicados sin excepción los poemas como si se tratara de un lírico árbol de navidad en donde todos los amigos tuvieran colgado su paquetico. Mi sorpresa fué grande al descubrir a un altísimo valor.

La poetisa salvadoraña Lilian Serpas se ha colocado en el primer plano de los poetas americanos con su libro *Huéspedes de la Eternidad*. Mucho es que esta mujer tímida y callada haya salido de la tribuna libre de Tribuna, donde se discutió su obra, con la flor natural intacta y la borla de "doctor en melodías internas y externas" de que habló Gabriela Mistral refiriéndose al poeta colombiano, Rafael Vásquez.

La poesía doncella de Lilian Serpas se abre en su adolescencia con tres libros: *Isla de Trinos*, *Urna de Ensueño* y *Nácar*, títulos para un campeonato de primera dentición poética. En sus leves arquitecturas románticas se abre una ventana de Gutiérrez Nájera que da al escenario de una niña pensativa. Sus seres poéticos son el ángel y naturalmente el lucero, trayéndole en la brisa la utilería piedracielista que cabe en el suspiro y en la rosa.

Si la melancolía le penetra el ansia, una delgada neblina de sollozos vela sus sueños. Entonces la campana pueblerina, y la llovizna que madura los naranjales de su huerto, alternan en la espera del amor con la luciérnaga que enciende el pabilo de la serenata.

Aun ahora desde el gris otoñal, se adivina el azul de su mocedad, urbanizado por los escenarios que enmarcan las primeras rociolas líricas. Intuí de antemano que en su obra debía estar el inevitable banco rústico y lo hallé en el soneto "Rememorar", no publicado en su libro, con todo el equipo como si lo hubiera comprado su autora en una tienda de aguinaldos. Allí el "fulgor de luna", la "leve brisa", la "vereda de margaritas" y para mayor abundamiento el "suspirar de hojas marchitas".

¿Quién no tiene en la añoranza una avenida de abedules? En el tronco viejo tendido sobre la hojarasca retoñará eternamente el romanticismo enamorado hecho de silencios, sollozos, manos entrelazadas, porque el amor es ridículo y triste. Si en el fondo de las frondas hay un río entre los sauces o un lago entre los cisnes, la saudade de aquellos paseos por los umbrosos senderos llega con sus resedas olorosas hasta lo hondo de la cursilería en que se acendran las más profundas realidades de nuestro sér.

Por la vieja estampa de caleidoscopio que somos todos adentro, va una mujer con velo de lunares en el sombrero y un ramito de miosotis. Lleva en una mano la sombrilla y en la otra recogido el largo traje mañanero. El recuerdo nos alumbra, como un leño invernal, en el instante en que la mujer se pierde en el pasado por un lejano recodo de la avenida, sin volver la cabeza. Sólo ha quedado bajo los abedules la astronomía de los globos de goma meciéndose en la navidad del aire y la antañona melodía de un organillo con el periquito sabio que dice la buena ventura. Se envejece cuando de nuestros propios escombros urge el niño detenido como un dulce fantasma, con las primeras imágenes de la vida. Esa es la cursilería cuyo elogio ensayaré algún día de alcanfor y salicilato. La cursilería es el señorío con moñitos, que puede llegar al buen tono porque está hecha de candor y buen aseo. Otra cosa es la ramplonería de la ostentación, que lleva tacón torcido en zapato nuevo, por su incapacidad congenital e incurable para la decencia, que es base de la elegancia.

En una visión de daguerrotipo enmarcó Lilian Serpas su adolescencia y su primera poesía. Una niña de traje rosa y de profusa cabellera negra sentada en el banco legendario y a su lado un joven de sombrero de paja jurándole fidelidad eterna como en una novela de Catalina D'Erzell, mientras revolotean las golondrinas de Bécquer. Su soneto 'Rememorar" es el pitafio del banco rústieo donde ya no está el amorcillo de alfeñique disparando su flecha desde los cuernos de la luna como en una tarjeta de feliz año nuevo.

Un pálido fulgor de media luna
sobre el rústico banco de las citas,
la leve brisa que llegó oportuna
y la vereda de las margaritas...

En hora de congojas importuna
y lento surpirar de hojas marchitas
a la tristeza le sirvió de cuna
la fuga amarga de amorosas cuitas...

Hoy vuelvo solitaria a recordarlo...
La noche es tibia y dulce para amarlo
y para hacer de nuestra vida, una...

Y como sé que la pasión es ida,
la clara historia que truncó mi vida
rememorando estoy bajo la luna...

Lilian Serpas era en su volcánica Cuzcatlán ¡oh ambrosía de Porfirio!, como una espuma. Los burgueses del lugar la rodearon porque era la bella poetisa adolescente y se quedó con los poetas a merced de la vida parva. Este es el signo del poeta, desasido de cuanto pueda sosegar sus ansias, para conservarse atribulado. Porque en ello está el bien y el precio de la belleza que se nutre de soledades y de ausencias, como de arena y de sed la flor roja del cactus.

Si esta mujer silenciosa, acribillada de incertidumbres, hubiera hallado el amor presentido, habría repetido la ardorosa manera hormonal de Delmira y sería una cotorra líricoerótica de las que chapalean en la alcoba del verso. Para que su destino poético subiera tan alto fué necesario que algo se rompiese violentamente en su vida. Cuando Lilian habla como desde una sombra que no coincide con su voz, se siente en sus palabras, salidas sin convicción, la oscura lejanía de una hora en que el mundo debió quebrársele entre las manos como un dorado juguete, antes de revelarle sus encantados mecanismos.

Algo debió derrumbarse en la doncella para borrarle los contornos del buen amor y quedar partida en una mujer perpleja y en una sombra perdida en el grito que debió quedarse como un pájaro herido en la garganta. Su despeñada biografía se adivina en uno de los poemas cuando le dice a la peña: "Devenimos: tú en piedra, yo en mi carne de paria". Descartando las posibilidades ficticias del poeta, Lilian Serpas da la clave de su aventura amorosa, tan esencail en el destino poético de la mujer, cuando dice en prosa: "Me aparté de lo carnal y luego la vida al marcarme a fuego, me llevó a las heladas tierras del norte, donde las brumas fueron convirtiéndome en una peña desolada".

Ligada en matrimonio alumbró tres hijos

Lo presento

(En *Rep. Amer.*)

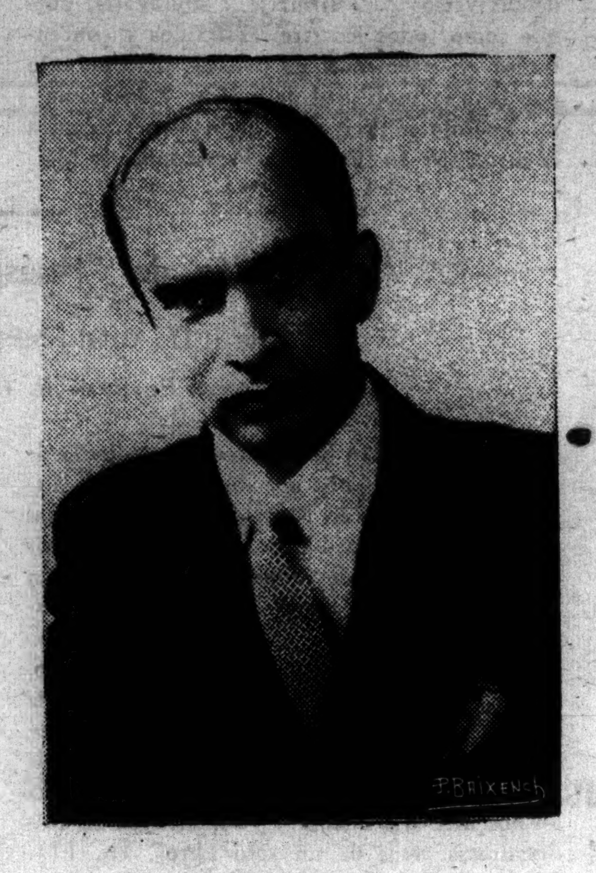
Malos tiempos han corrido últimamente en América —en la nuestra— para la democracia: por doquiera que observamos a los veinte pueblos hijos de España, contemplamos dictaduras, totalitarismos, traiciones y cuartelazos. La generación actual crece, por eso, bajo el signo de la desilusión y de la angustia. No cree en nada ni espera nada.

En ninguna de las repúblicas hispanoamericanas se puede advertir ese estado de espíritu tan patentemente, como en Colombia; por eso, el político más sagaz de los últimos tiempos —Jorge Eliécer Gaitán— se propuso ganar a su causa a los jóvenes, porque pese a la atmósfera de pesimismo en que crecían, entrañaban reservas de energía aprovechables.

Me toca hoy presentar en esta columna que honraron antaño Jorge Zalamea, Rodolfo Usigli, Lisandro Villalobos y Raymundo Aguirre Agudelo, al adalid estudiantil —hoy Doctor en Derecho— Gustavo Melo y Cepero, que desde los bancos universitarios colaboró con el doctor Gaitán en su cruzada redentora.

Melo y Cepero no vió nunca, como tantos otros, en su carrera un *modus vivendi*, sino que desde el principio de sus estudios quiso ser un defensor de los débiles, los explotados y los oprimidos. Todos los dolores humanos los recogía su alma generosa, como recoge el caracol los rumores asordinados del mar. De ahí que sus camaradas sintieran su influencia y le proclamacen líder de la muchachada universitaria, q' no se conformaba con q' Colombia fuera explotada por un grupo limitadísimo de las familias privilegiadas. La patria —decían— era de todos y para todos.

Llevó sus inquietudes, inconformidades y protestas no sólo a las tribunas callejeras sino a revistas de avanzada que fundó y sostuvo, ayudado en tan ardua empresa por algunos compañeros entusiastas. Allí están para testificarlo *Rutas de Arte*, la *Radio-Revista Esfera* y *Espera*, que vieron la luz en Bogotá, en tiempos en que la lucha contra el oscurantismo y la reacción era más ardua.



Gustavo Melo y Cepero
(1950)

A Melo y Cepero le tocó continuar también la página universitaria de *Jornada*, l diario de combate que fundó Gaitán, que nunca se vió tan bien servida, como durante la etapa a que aludimos, en que la rebeldía estudiantil logró mantener en respeto a los gobiernos y a las oligarquías imperantes. "Cuando no hay quién se agache, no hay quién se trepe", parecía ser el lema de los batallones estudiantiles que lograron entonces conquistas en el régimen interno de la Universidad, que perduran todavía.

No había recibido aún su grado, cuando el Directorio del partido, sin tomar en cuenta su juventud, lo llevó a un puesto de combate y de confianza, al nombrarlo Secretario del partido liberal en el Departamento de Cundinamarca y luego, Tesorero del mismo en la citada entidad geográfica. Pero lo que más puede enorgullecer a Melo y Cepero, es que sus propios condiscípulos le ofrecieron la jefatura de las izquierdas colombianas.

Como todo colombiano que se estima, ha sabido hacer honor a la tradición de nuestro país, que quiere que cada uno de nosotros sea humanista y poeta, porque en esta Atenas de América, no se concibe que la vida sirva para algo que no lleve en mira la exaltación de la belleza y el cultivo de la inteligencia; por eso Colombia está orgullosa de sus Caros, sus Silvas, sus Valencias y sus Suárez, como antaño —durante la guerra magna— lo estuviera de los próceres Santander, Nariño, Córdova, Ricaurte, que le dieron patria y libertad.

Para su presentación en *Repertorio Americano*, Melo y Cepero escogió una prosa lírica, en vez de un ensayo sociológico o jurídico, porque en él la poesía prima sobre todas las otras actividades, formando así un fondo de bella inquietud vigilante y combatiente a su personalidad compleja, exultante y dinámica.

Mario SANTA CRUZ
Bogotá. 1950

---

rubios, uno de los cuales, el mayor, de 17 años, acaba de abrir su primera exposición de pintura en Guadalajara. De sus propias confesiones se deduce que su vida entre los yanquis no fué el amor dorado por la entrañable lumbre del hogar, sino la sumisa maternidad incubada a la luz de un neón biológico y frío, mentira del día en la noche invariable del alma.

En los cuatro nocturnos de espejo y luna Lilian Serpas resume los tránsitos que van desde la soledad del amor terreno a la posesión del divino amor que en las poetisas toma un acento elegíaco. Dios, como último recurso del sér atribulado, es más un refugio de invierno que un remanso en pleno frutecer cuando se enciende el verano amor, en saciedad si es lujuria, o en plenitud si es ternura.

La poetisa vive tan sólo en su monólogo que para no perder conciencia de sí mismo instala el inevitable espejo donde se repiten su presencia desolada y la inevitable luna que juega con la "magnolia de su vientre". Sus mismas imágenes pueden contarnos sus tránsitos. Lilian Serpas encontró en el espejo, con sus brazos de hierba, una angustia pequeña. Lunas de arena y de ceniza apresan en el espejo su esperanza desierta. Porque ella está sola con su amor, quemándose bajo la noche inmensa. Está desnuda con su pena y su cielo de tierra. Bajo sus venas la lujuria se vuelve canto: "a batalla sensual, lirios de plata", dice con lengua gongorina. Bien pronto el espejo se limpia con las formas puras de la soledad que da la tierra porque ya la esperanza está en su cielo como la estrella de la tarde. "Más allá de mi voz y de mi canto—Dios y mi corazón caminan juntos". Así termina Lilian Serpas sus nocturnos de espejo y luna.

La salvadoreña encuentra su sombra perdida, centra en el ojo místico las potencias desajustadas y conecta el engranaje lírico a los altos destinos del sér en el universo. Entonces aparecen sus meditaciones poéticas en el escarpado terreno de la filosofía y en las claras llanuras de la mística con poemas de fino acento clásico a lo fray Luis, no igualados ahora por los raros poetas metafísicos de nuestra lengua. En "Cántico a lo Providencial del Alma", preludia la poetisa su adivinación de lo eterno:

¿Qué mano está escondida
tras el velo celeste y estrellado
de la noche encendida
de un número olvidado
que transfunde a mi sér, lo recordado?

Siglos ha que este mundo
geometría sideral ausculta,
y del pensar profundo
siempre a la mente oculta
el enigma inmortal que lo sepulta...!

Yo sólo sé de un signo
providencial que existe tras el velo:
por el que a Dios designo,
y en dimensión de vuelo
alcanzo por mis éxtasis el cielo...
Bajo esa estrella existo
y en mi profundo sér la luz alumbra...
En mi existir he visto
fulgor que me deslumbra,
transparencia de Dios en mi penumbra.

En la cantera surcada de filones poéticos que es *Huésped de la Eternidad*, lo más noble corresponde a lo filosófico. Esta mujer singular en la poesía americana contemporánea por la pureza y elevación de sus voces, ha tallado en "El Corazón y la Esfera" lo que la lleva, por una celeste escala de pensamiento, desde las congojas del sér a la divina contemplación. Vasconcelos celebra la llegada de *Huésped de la Eternidad* diciendo que está cargado de noble, alto y claro pensamiento filosófico. He aquí una poetisa —añade— para quien todo tiene sentido superior, voz de eternidad, densidad de espíritu"... Los veintiún poemas, en su mayor parte sonetos, que abarcan las esferas filosóficas de este interesante libro, se hallan precedidos por pensamientos de los más famosos filósofos desde Pitágoras hasta Nietzsche, pasando por Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás. Esta antología de epígrafes filosóficos podría atribuirse a ostentación si el conocimiento de la filosofía no fuera tan acendrado en la obra de Lilian Serpas. Cualquier poema cogido al azar da la clave de lo que ha conseguido la salvadoreña, sin el árido conceptismo de quienes frecuentaron en otras épocas hispánicas tan peligroso ejercicio. En el soneto

"Esfera Aristotélica", dedicado al poeta González Martínez, hay un epígrafe del gran precursor, parafraseado por la poetisa en el segundo terceto, que dice: "Lo que mueve sin ser movido es lo absolutamente necesario".

La sin Nombre ni Forma, pura Esencia
en mi interior nocturno y sin caminos
va marcando sus trágicos destinos
en pugna inmemorial con la existencia...

De las primeras causas la alta ciencia
levanta el velo de sutiles linos
y en mi estrella y los vibrantes pinos
tienen por el pensar correspondencia...

En cuanto el alma se hunde en noche espesa
afirmando su forma el cielo besa
de lo absoluto necesario adentro...

Y alcanzo por las rutas sin sonido
lo que se mueve ya sin ser movido,
como la mar señora de su centro!

Creo que Lilian Serpas ha superado la etapa filosófica de su poesía. Ahora debe estar de turismo en lo cósmico. Insistir en lo filosófico no sería en ella repetirse, ya que para librarse de la cantilena y del círculo vicioso posee los recursos que hacen siempre aceptables las variaciones de un mismo tema. Inervada como está por divinos plexos podría ensanchar las órbitas humanizando su poesía para cumplir urgentes funciones. No se trata de mojigatas sermonerías ni de santurronas contorsiones, sino de sembrar en cada verso un germen de esperanza que sea en el surco bárbaro y bruto de ahora como un retoñar de Belén en lo que quiso decir su estrella. Que todo lo que ha meditado en entes, esencias y fantasmas metafísicos le venga ya cernido en lo humano.

En "Canto de amor a la Patria Varona" se sabe la estirpe poética de Lilian Serpas y se gusta el buen sabor de su lirismo ya maduro y tostado. La breve geografía de "El Salvador" se ensancha en el canto espirituoso de su poetisa. Los cuatro cumplimientos "en que se dice el elogio de los puertos; en que se teje la alabanza de los lagos; en que se lauda los ríos y volcanes; en que se canta a El Salvador en plan de mozo", dan su técnica en cuatro metros diferentes y su fidelidad a la tierra en la rosa de los vientos poéticos que orean los cuatro puntos cardinales de su sangre.

Las palabras más sencillas del idioma alcanzan insospechadas categorías melódicas y expresivas según su manera de asociarse y el signo de símbolo, imagen o metáfora en que las exalte el verdadero poeta. "Ven, dulce lago de oropéndolas—y agua de ocultos desenlaces", le dice Lilian Serpas al Ilopango, dándole al vocablo "desenlaces" un valor poético no presentido por el diccionario. Los ejemplos de esta especie abundan en la poesía de la salvadoreña y ello basta para deducir que conoce los secretos del idioma sencillo del que fluye la belleza como el agua del manantial.

Dice Jean Gallotti que "un país se embellece siempre, cuando es el país de un poeta. Sobre todo cuando este poeta habla de él". El Salvador ha contraído con Lilian Serpas una deuda sagrada, la misma en proporción que contrajo y ha cumplido Chile con la ilustre Gabriela Mistral.

Yo sólo sé decir como colombiano que Lilian Serpas es un valor de América y que los letrados deben velar en una u otra forma por su destino. Ella no posee otras armas distintas de sus versos para firmarse y subrayarse, porque como todos los seres abstraídos y concentrados en problemas de belleza, desconoce lo que hace la motilidad de medrar y encaramarse. Yo sólo sé decir que Lilian Serpas practica la metafísica en sus versos y desconoce la lógica en su propia vida porque fluctúa entre las congojas del sér que pertenecen a su uso interno y los problemas concretos de la vida hechos de inaplazables urgencias y de punzantes incertidumbres.

Javier ARANGO FERRER.

México, 1949.

A propósito de "Huésped de la eternidad"

Por el Dr. Gabriel MENDEZ PLANCARTE

(Es un recorte. Envío de *R. H. V.*, en Washington D. C.)

Nacida en San Salvador, "un mediodía de marzo, en una casona apacible y colonial", Lilian Serpas reside en México desde hace varios años, "estudiando biblioteconomía" y cultivando sus aficiones filosóficas y su vocación esencial: la poesía. Fruto de esa vocación amorosamente seguida es *Huésped de la Eternidad* (edit. "El Castillo de Viento", México, 1949, 161 pp.) nutrido volumen en que la autora ha reunido lo más selecto de su copiosa producción en veinte años de labor infatigable. Las seis partes en que se divide su obra —nos dice ella misma— "constituyen en realidad seis actos de un solo libro" (p. 11). Pero no es un libro monocorde, porque para Lilian Serpas, "la poesía, por ser vida, es crecimiento" (p. 8).

No es, pues, extraño que, mientras en una de las secciones, la titulada "Del Espejo a la Luna", florece una poesía sensual y erótica que me parece un tanto influída por Delmira Agustini, por Alfonsina Storni y por la poesía juvenil de Juana de Ibarbourou; en cambio, en todos los poemas que integran la sección "El Corazón y la Esfera", Lilian Serpas se aleja del plano meramente sensitivo y se esfuerza por volar en una atmósfera enrarecida de pensamiento puro, abordando en forma poética los más diversos y abstrusos sistemas filosóficos: desde Pitágoras, Platón y Plotino, hasta Kant, Hegel y Schopenhauer. De tales poemas filosóficos, diré con franqueza que los más débiles me parecen aquellos en que la autora pretende encerrar en sendos sonetos las doctrinas características y fundamentales de San Anselmo y de Santo Tomás de Aquino ("Esfera Anselmiana" y "Esfera Aquinense": pp. 108-109).

No deja de ser curioso y sorprendente el caso de esta poetisa que canta —y nada menos que en "liras frayluisdeleoninas"— el pavoroso (en todos sentidos) sistema de Schopenhauer (pp. 125-132); o que se inspira para sus sonetos en Averroes, Maimónides o el maestro Eckhart (pp. 110, 111 y 112). Pero, si he de ser sincero, debo decir que en estos poemas, no pocas veces, la inspiración poética se ahoga bajo la maraña dialéctica de los sistemas, y toda convicción zozobra en el mariposeo de un eclecticismo tan exagerado que casi se confunde con el escepticismo. Porque la autora parece abrazar con igual entusiasmo y cantar con el mismo fervor lírico doctrinas tan opuestas y contradictorias entre sí como las que anteriormente hemos enumerado y además, las de Aristóteles y San Agustín, las de Descartes y Pascal, las de Suárez y las de Spinoza, las de Hume y Nietzsche...

Pero, hechas estas salvedades por lo que toca al fondo, pláceme reconocer que Lilian Serpas muestra una extraordinaria habilidad para extraer, de cada uno de esos sistemas filosóficos, los elementos de belleza que cada uno pueda contener, y para expresarlos en forma poética casi siempre decorosa y no pocas veces de notable hermosura.

De menos pretensiones, pero más bellos a mi juicio, son los frescos descriptivos que integran la sección final del libro: ese "Canto de amor a la Patria Varona", en que la poetisa dice "el elogio de los puertos", "la alabanza de los lagos", los ríos y volcanes, y canta a su tierra natal, El Salvador, que surge ante sus ojos enamorados "con la viril estampa de un dulce mediodía vestido de muchacho" (pp. 143-152).

Tiene razón Lilian Serpas al escribir: "Poeta es puente que va de la naturaleza al Hombre, puente para percibir lo Divino en lo humano... Poesía no es molde fotográfico sino trampolín para el más allá..." (p. 8). Prosiga la poetisa ese alto y noble camino, en el que ha cosechado ya muy bellas rosas de poesía.

Paginas líricas

de Lilian SERPAS
(En Rep. Amer.)

VISION

Aún tiembla la llama sutilísima
de su visión efímera en el alma,
y en un celeste anhelo de infinito,
como lirio de luz se alza la llama.

Bebí toda la miel de su sonrisa
y me quedó la transparencia rara...
Así voy por caminos de mutismo,
con el alma de amor iluminada...
. . . .
De los cálices de oro la mañana
surge y evoca la sonrisa clara!

HAI-KAIS

Comunión
La blanca luna comulga
con las hostias diminutas
de la lluvia.

Risa
Sacude su ropa el alba
y se escucha de la noche
la gran risa blanca.

Lluvia
Ruedan nocturnas lluvias
que el viento dispersa y quiebra:
collares de luz
que la luna enhebra...

Golondrinas
Golondrinas de la tarde
como notas musicales
del pentagrama del aire...

EL HURACAN

Como un reflejo que arde
en la punta de una daga,
el corazón de la tarde
ya se enciende, ya se apaga.

Rachas de viento aparejan
los pajarillos que pasan,
y una docena de párvulos
cuentan piquitos de nácar.

Voces de niños que juegan
en la alameda soleada:
certamen de algarabías,
risa de sol, fuga de alas.

Arriba pasan las nubes
en rieles de azules rayas:
ecos de bronce en los cascos
y onomatopeyas de agua...

Un puente de arcos se tiende
de la tarde a la montaña,
y se anuncia la tormenta
con sus tambores de plata...

Rumor de roncos tambores
en sombrías atalayas:
pasan corceles del viento
por abismos y hondonadas...

Kabrakán de las alturas
su furia indómita arrastra
entre espirales de lluvia
relámpagos que se enlazan.

En nubarrones de fuego
las fuerzas trágicas danzan
y el corazón de la tarde
ha empurpurado la daga!

CAMPANITAS DE PLATA

Sé que en todas las cosas inefables
suave perfume de tu amor presiento:
dorados pomos de ilusión se vierten,
verdor de savia y juventud de anhelos.

Sé que en todo lo bello te derramas:
como en hilos de luz, tu cabellera
es lluvia de diamantes encendidos
que en sus manos la brisa al sol enhebra...

Campanitas de plata del otoño
y capullos de lirios suspendidos
del campanario azul de las distancias
que hacen tocar por invisibles lazos
los dedos inefables de los nidos.

En giros ilusorios canta el aire,
y en remolinos de dorada arena
se encumbra el barrilete de mis sueños
atado al hilo azul de mi quimera.

Cristalinos murmullos de los bosques
y de lianas que agitan cascabeles
como gacelas de ilusión que llevan
al cuello atadas, campanitas leves...

Fragancia y luz de terciopelos suaves
en la mañana que se vierte en canto:
presiento en ella de tu amor la dicha
—simiente floreciendo en el acaso—.

Campanitas de plata: corazones
que en el mundo suspenden sus latidos;
y en las lívidas torres del olvido,
van cayendo en sus trémulas escalas
como pájaros de humo fugitivos
en las líneas heridas de mis manos...

Languidecen de amor los dulces sones
que en la sonora onda se derraman,
distantes, solas, las queridas notas
hiriendo el corazón sensible, pasan...

Campanitas de plata del otoño:
turbión de estrellas en un viento suave,
flechas que al corazón hacen su blanco,
y en un vértigo lánguido decaen...

Ruedan como los ecos en las tardes
que de la altura bajan a los valles;
triscan en los rediles los rebaños,
y mueven campanitas en el aire...

Así es que siento de tu amor lo bello,
así me encantas y me envuelvo en llamas:
¡Para el diamante de tu amor quisiera
claros estuches de ilusión, mi alma!

LIBERACION

Espíritu divino de la gracia
claro rayo de sol de excelsitud,
sobre mis tristes ánforas escancia
toda tu luz de infinitud...

Manifiéstate en mí, como en las galas
de la flor, de la nube y del insecto;
haz el milagro al pensamiento mío
de difundirlo, cósmico y vibrante,
confiado al todo en refulgentes alas!

Será para mi sed, esa luz blanca
venero inagotable de alegría,
iris que canta y da a las gotas de agua
tonos eternos de fúlgida armonía...

Irradien igniscencias en la sombra
que a mis ojos le ocultan tus fulgores,
y se nimben de astrales resplandores
las azucenas de mis sienes tristes...

¡Oh, sol claro y tranquilo de mi estancia!

Lámpara de alabastro, alba, traslúcida:
que tus rayos saráficos me inunden
de Belleza, de Extasis, de Amor
y al transportarme en la ilusión, fecunden
de una nueva inquietud el corazón!

Vibrante de emoción tiendo mis labios
en un arrobamiento indescriptible,
y deslumbrada con tu luz, enciende
mi fe en el ideal, inasequible...

Eres en la penumbra de mi estancia
la luminosa escala de mis sueños...

bajo la comba de tu luz celeste,
el alma ungida de recogimiento,
de rodillas te adora, y en tus ámbitos
eleva una oración, como en un templo!

ORBITA

Desde mi corazón lleno de ausencia
emerge hacia la luz rayo enlutado,
y amanece en los ojos taciturnos
el alba de tu rostro iluminado.

De mi callado amor, trémula el alma,
fija en la imagen de tu amor, precisa,
vislumbra en el azul de mi tristeza,
la sola claridad de tu sonrisa...

País de ensueños, órbitas lejanas
hiere en su nueva luz mi fantasía,
y acorde en el sentir, el alma ensaya
como en la escala musical del día.

Fijo tu llama en mí cual una estrella;
arde mi sien de angustia hasta el delirio,
y en soledad el corazón alienta
en flor de cruz o boca de martirio...

Y estás en mí, hombre distante, hombre
lleno de eternidad, mi sol de hastío...
Tu ilusión es igual que nube errante,
yo adormezco en los hombros del vacío.

En realidad y en sueño te presiento...
Floreces en las rosas de mi llanto,
y hasta la faz silente de mi luna
tiende el arco infinito de tu canto!

Derivan de astronómicas raíces
tus cabellos sombríos y en derroche:
llevas la tempestad sobre tus hombros
y en sus anillos se ciñó la noche.

Amasado en las cumbres y en los vientos
—fauno celeste en vértigos rebacios—
eres cual Prometeo sin cadenas,
ángel de luz, constelación de espacios...

Fuga en la cuerda tensa del abismo,
al galope de fuerzas planetarias:
en árbol de cristal, pájaro, brisa,
eco y rumor de playas solitarias...

Si herido en rebelión como los dioses,
brotarán de tus venas fabulosas
nuevos ritmos en cielos apoteósicos
y se cubren de azul las nebulosas.

En mares tempestuosos, al incendio
de mástiles sombríos, invencible
como la estatua del vigor te veo,
hierro y piedra al dolor, inasequible.

Y sin embargo, frágil y liviano,
en mi regazo te adormece el mundo:
vibra al amor tu corazón que es uno
como hijo de oro en diapasón profundo...

Eleva el alma unísona su canto,
y se rigen los mundos soberanos
cuando cual pompas de ilusión nos forjan
soplos ignotos en divinas manos...

Cuando al ritmo sin fin del universo
se armonizan las notas de tu canto,
y surge desde el alma hasta la muerte
la misma nota en el cristal del llanto!

CACERIA DE LUZ

La luz como gacela temerosa y ligera
en la fugacidad de tonos espectrales,
en un rincón del monte va a ocultar su carrera,
en el azul hundiendo sus cascos siderales.

Hay voces en la tarde, rumor de cacerías
que llenan el crepúsculo de cantares en coro.
Diana, la cazadora, pasa con sus jaurías
y lanza en el confín de luz su flecha de oro..

La cazadora olímpica de los blancos certeros,
—con sandalias de viento y en rastros de luceros—
va a recoger del monte la gacela que hiere.

Y el halo luminoso que agoniza en sus brazos,
va tiñendo de sangre sonora los ocasos,
hasta que entre las sombras desvanecida muere!

EN UNIDAD DE TIEMPO

(Tono extático)

Me embriaga el ansia plena de volar a tu lado...
Soy pájaro del viento de un claro son ligero,
que en rumbos de tu pecho de nido en primavera
me liberto en el éxtasis, sin espacio ni tiempo.

En nieve de tu ausencia me enturbia la tristeza
y en riscos de zozobra y en islas de tormenta
me siento prisionera del propio pensamiento:
quedó el instante mismo de tu fatal partida
en la angustia presente, sin número e inmersa
en mi amor unitario de luz y canto unísono,
en tímida actitud de ensueño y en sigilo
sintiendo en fría muerte girar mi solo anhelo!

En torno a mí la extensa divagación sin término,
la indefinida tierra, la inconsistencia vaga,
en una inesperanza sobre el azul tendida
y en que a veces las lágrimas son angustia sellada!

Como una escarcha fina que se aferra a mi piel
llevo en mí la nostalgia de aliento contenido,
y en actitud de espera y en el sentir presente
vivo y no vivo en playas de ensueños fugitivos...

En una edad de cielo de entrecerrados párpados
hundo en la eternidad mi ardiente pensamiento:
¡densa agua de simientes que aprisionó por siempre
mi velero enlunado —fiel imagen del sueño—
inmarcesible flor de una savia nutricia,
resumen de fragancia femenil, aspirada
por mi lámpara viva de integral florescencia,
y es una llama al viento la flor de mi esperanza!

Brotando en ala y canto va la ilusión callada
al encontrar en claves todo el secreto incierto,
secreto que tu nombre repite en claras letras
de las constelaciones: tiempo y distancia abiertos
donde te identificas con la luz inmedible
en el instante mismo de suspirada ausencia...

En desprendido amor, sin límites ni espacio,
sin voluntad llevada en vago esparcimiento
te acogen mis sentires en sus más hondas minas
y así, presa en mí misma, deviniendo te encuentro...

No hay distancia ni número y es inmutable el tiempo
en que llevo sutiles percepciones remotas
y en extática lengua mi corazón te invoca,
mirando más allá de lo que ven mis ojos
en lo que es el perfume siendo a la par la rosa!

Prisionera del Ser, me crece la tristeza:
—filosófica amiga, sensible a todo roce,
como en cristales finos su transparencia atisbo
al ir multiplicando mis angustias en goces.

Quintaesencia de espíritu, dualidad de las cosas,
en esenciales formas de luz y de materia,
galopa en el suspiro mi soledad ansiosa,
en sed indefinida de lo que no se alcanza
y en llegando a ti se alquitara y concentra...

En ardoroso impulso de turbulentos mares
levo el ancla pesada sin rumbo ni ribera...
Y es un amargo grito de concertado acento
éste en que voy llenando mi sed ensombrecida:
la sed en que me siento prisionera del aire,
del aire en que se nutre mi amor en carne viva...

Conmovida en el éxtasis recupero mis alas
y me estremece el ansia de lo estelar y vago
que en las aguas celestes del insondable espacio
me va colmando el alma con sus círculos claros.

Y siento que es el vértigo de tu amor en ausencia
lo que me torna en árbol con raíces al cielo,
que su copa invertida nutre con las sustancias
minerales que bullen con subterráneo fuego,
mientras por las raíces llamean nuevos frutos,
y por los tallos mira crecer los vagos sueños!

ORIGEN Y TIEMPO

Existes, existías y has existido siempre,
bajo todos los climas y en esquinas de tiempo.
Esencia, ritmo, fuerza que anima el universo:
Eras en el principio de las eternas cosas
deífica presencia rectora de elementos...

Del primigenio caos en devenir de siglos
—boreal, vaciado en hielos y sucesión de edades—
te presentí en los ecos y matices astrales:
Vibrabas en las vagas melodías del mundo
y era de luz tu carne de ritmos inefables.

Celeste línea, puente del universo al hombre,
en un no ser lanzado sobre rumbos diversos;
te envolvían espacios de fermentos mortuorios
y en los vórtices lívidos, erigido en tu Ego,
eras radiante espada flagelando la muerte:
Adánica substancia, germen de tierra y cielo!

Conducido por vientos primordiales de vida
impregnabas los astros con tu sangre celeste...
En rebelión soberbia de mítica substancia,
transido por la idea clamaste al infinito
y en la geometría de los mundos ignotos,
en la batalla cósmica vaciaste tu destino;
de martillos de pena y amarga contextura
brota de lo profundo de tu ser el Espíritu,
y vibra en tu cerebro la llamada inaudible
que se opone a tu cuerpo de adánico proscrito.

La voz que clama inmensa por sobre el universo
es la voz del silencio que conmoviera a Cristo:
la gran voz que estremece tu corazón de acero,
la voz relampagueante que de la tierra al cielo
de ritmos estelares va colmando lo Eterno...

Deidad del tiempo, amigo de los pájaros
y de los continentes que surgen en el viento,..
Brotaste de estelares llamaradas en hielos
y entre nimbos angélicos del acabado círculo
gira a tus pies la rueda que mueve el universo.

En la inconcluída noche te ungiste de silencio;
cantaban los espacios en tus ojos de siempre,
ojos del sinfonismo más diáfano y completo
y cual los meteoros —oriflamas del aire—
tu corazón unísono cantaba el canto eterno!

Múltiple y unitario, espejo en mil fracciones,
tu imagen insondable se reflejaba en ellos...
Donde quiera te miro, donde quiera te encuentro,
porque en todas las cosas tu espíritu derramas,
dulcísimo y distante mensajero del viento!

Te presentí en los cauces de la angustia sellada
en los vagos crepúsculos y las cosas inciertas...
Era tu faz el agua donde la luz se encuentra:
soñaban tus pupilas en los párpados finos
como flores de tedio sobre campos de olvidos...
En el aire flotaban átomos de azucenas,
y eras la cosmográfica exfoliación de siglos.

Hecho de luz y miel, diseminado en astros,
peregrino de nubes de arcangélico vértigo,
nevaban en tus hombros los velámenes cándidos,
que copiaban mensajes de lo humano y divino,
lo universal y cósmico que hay en el hombre eterno.

Encadenado a lazos de magnéticas fuerzas,
en las batallas turbias de lo desconocido
realizabas el drama del espacio y el tiempo:
eras el meridiano de la piedra y el astro,
poeta del enigma, del amor y el deseo.

El sol en tí se puso como en claros vitrales,
hora en que se llenaban de música los éteres
y pulsabas las cuerdas de liras estelares
vibrando en los espacios de armonías celestes...

Era tu canto el dulce clavicordio del agua,
onda lúcida y alba de los mares inmensos,
el éxtasis de luz de la substancia Amor:
del amor inmedible que el Espíritu Eterno
aprisionó en la esencia misteriosa de Dios.

Para tus hombros cósmicos tejían manos leves
olímpico manteo de cielos constelados,
y tu cabello en lluvia se caía en torrentes,
perdido en las mareas desoladas del Artico.

¡Oh, mito en sol y lluvia de mi jardín de Alba!
Eres el primigenio interrogar del hombre
y es tu espíritu eterna figuración del Cosmos,
en ti la luz se expande, la luz en ti se esconde,
y prisionero de astros que coronan las cumbres
en tus dominios vives sobre tronos de nubes...

Descendiste a mi tierra por mares y montañas,
recostado en arenas, sobre espumas y algas;
eres dueño de predios de corales y perlas,
y en ti la sangre salta con sus olas de fiebre
por escuchar la música que en mis muslos golpea!

En tus arterias vaga lo abismal y distante,
lo que en mi pecho pulsa palpitaciones cósmicas,
y es tu cerebro antena que percibe mensajes
de una armonía clara, sideral y abscóndita,
en la que amor es vértigo sublime de los ángeles!
Eres el Hombre Vida, Arcángel o Demonio
que lleva en la experiencia siglos de pensamiento:
sobrepasas el cauce de la vida y la muerte
y eres el más allá de un incógnito vuelo!

Liberación que es muerte y es vida liberada;
fuego y luz que en las cimas del ensueño flamea:
inmemorial Proteo que ganando la luz,
la luz vuelve substancia nutriente de la idea.
Encarnación del Eros que en mi pecho hace blanco:
mi corazón enciendes bajo piedras y nieve,
y al transformarlo en llamas para el amor extático,
me estás volviendo lúcida, como si ya me fuese
derritiendo en tu vuelo con dimensiones de astro...!

La sombra del recuerdo

Por Gustavo MELO y CEPERO

(En *Rep. Amer.*)

La tarde avanzaba con lentitud; los cerros de Monserrate y Guadalupe recibían a intervalos los últimos destellos del sol; una sucesión de sombras y luces convertían el paisaje en un verdadero caleidoscopio; el cielo, un cielo raro en esta ciudad de Bogotá, estaba azul, salpicado de tenues nubecillas cárdenas.

El Bogotá de 1910, era tranquilo; sus gentes de costumbres sencillas, acostumbraban recogerse temprano en sus hogares; las labores se terminaban a las cinco de la tarde, hora en la cual, algunos caballeros solían comentar sus asuntos personales o políticos generalmente en el atrio de la Catedral, o en algunos de los pocos cafés que existían. Los coches, carruaje obligado en las clases acomodadas, rechinaban por las baldosas de las calles, conduciendo en veces a bellas damas elegantemente ataviadas, en otras, a ancianas que salían con sus nitecitos a distraerlos.

La ciudad no contaba con un amplio desarrollo urbano; sus límites eran bastante reducidos: al norte San Diego y al sur Las Cruces. Entre San Diego y Chapinero existía un amplio interregno ocupado por potreros que servían para alimentar ganados diversos, en especial, el destinado para obtener leche de consumo en la Ciudad; los dueños de dichos hatos eran personas acaudaladas, que derivaban una renta crecida con tales producidos. Las distracciones eran muy pocas y la vida social muy restringida. Las gentes muy dadas a las prácticas piadosas, recordaban los famosos tiempos del Quinquenio y las escalofriantes escenas de Barrocolorado. De cuando en cuando, alguna compañía de ópera, zarzuela o comedia, perdida en los vericuetos de la cordillera de los Andes, arribaba a la ciudad, para complacencia de los caballeros, que tejían sus pasatiempos con las actrices de la compañía. Las damas distraían sus ocios y renovaban sus roperos con los estilos copiados en los ajuares de las cómicas llegadas.

Y la vida parecía discurrir para nuestros abuelos por senderos de tranquilidad y reposos virgilianos. Nada les inquietaba. Los acontecimientos políticos de cuando en cuando penetraban los linderos del hogar, y servían de sobremesa los comentarios de tal o cual hecho administrativo del día. El hogar era un refugio para el hombre de negocios o el político; allí en los patios soleados, en medio de geranios y mirtos, y en amplias sillas de cuero o forradas en damasco, se descansaba entre sorbos de chocolate y lecturas de libros españoles y franceses. Los solares, con sus breves papayos y cerezos, formaban parte integral de la vida de entonces. Allí se tomaba las onces en las tardes caldeadas del verano; se ensayaban las comedias que las señoritas representaban en algún acontecimiento señalado; allí los tribunos parlamentarios, daban rienda suelta a su imaginación, arremetiendo sin piedad, contra el hipotético enemigo del parlamento que iba a ser víctima de sus inventivas.

En esta época, una de las más recordadas de nuestra historia ingenua, vivía una familia de costumbres muy de Santa Fé de Bogotá en su hacienda de la Merced, ubicada entre los

sectores poblados de Bogotá y Chapinero. Es la tradición la que nos cuenta, que en esta casa de campo habitó don Jorge Tadeo Lozano, último Marqués de San Jorge, por intervalos, para descansar de los continuos ajetreos cociales y políticos de la corte Virreinal; en su refugio campestre, el ilustre habitante dedicaba su tiempo a las prácticas religiosas, efectuadas en la Capilla de la hacienda, por algún religioso dominico o por el cura párroco de San Diego. A la muerte del Marqués, la propiedad fué enajenada, pasando a distintos propietarios, hasta la década de nuestra historia en la cual la residencia campestre pertenecía a don Medardo Herrera.

La casa contaba con una sola planta; su interior amplísimo, se componía de dos patios convenientemente empedrados y adornados a manera de dibujo geométrico con trozos de hueso, formando rombos y triángulos; a más de los dos patios anotados, contaba la casa con una buena pesebrera y un regular espacio para la cochera. Los muros de mosaico elegantemente esculpidos, la amplitud de los salones; las arcadas de los corredores, los enrejados laboriosamente forjados de cada una de las ventanas y el enclaveteado de las puertas y portones, formaban el marco castizo de la que fué en tiempos idos la residencia del noble peninsular.

Los chismes de las viejas hacían correr muchas consejas respecto de algunos hechos bastante extraños que ocurrían dentro de la casa; algunos opinaban que había tesoros enterrados en los gruesos paredones o debajo del brevo o entre el averiado horno; se hablaba de apariciones misteriosas a altas horas de la noche, de seres extraños y los más contaban historietas de ruidos y voces y algarabías que se debajan sentir por determinados períodos señalados del año, tales como los de cuaresma y pasión, fiestas de navidad y año nuevo.

Una noche la familia se hallaba atendiendo a unos visitantes de la ciudad, en el salón de recibo, cuando siendo la hora del refresco, llamaron a una bella señorita que hacía en la casa las veces de dama de compañía, para que recordara en la cocina que era tiempo de traer el chocolate, las colaciones y el espejuelo que debían componer el refrigerio con que se obsequiaba tradicionalmente. La señorita fué a la cocina y en vista de que las viandas se encontraban listas para traer, tomó la bandeja en donde estaban y salió con ellas para servirlas; no había dado tres pasos en el corredor que comunicaba el segundo patio con el primero cuando se vió frente a frente con un individuo alto, de sombrero cordobés, capa y guantes, que al tomarla de los brazos le hacía fuerza por detenerla y llevarla hacia determinado ángulo del patio; ella forcejeaba jadeante arrastrándolo al primer patio contrariando así sus deseos. Ella creía que su agresor era un caballero que la piropeaba y que lo había dejado en el salón; con furia lo zarandeaba y lo amenazaba con llamar a voces si no la soltaba; el señor sin embargo nada contestó y seguía tenazmente empeñado en sus propósitos; la muchacha que parecía tener mayores fuerzas que su violentador, logró arrastrarlo hasta frente de una alcoba en donde jugaban a la sazón los niños de la casa y allí ella, fatigosamente, en un supremo ademán, le empujó fuertemente y al hacerlo le levantó el agachado cordobés y a la tenue luz de uno de los faroles distinguió el rostro de su atacante; al verlo dió un grito espantoso, cayendo contra la puerta que daba acceso a la habitación en donde se oía el retozo de los niños, la que se abrió al peso del cuerpo exánime de la muchacha. Al grito de ella, al rompimiento de las lozas que traían el chocolate y el estrépito de las puertas abiertas, la casa se alarmó; los dueños y sus visitantes salieron a indagar y al verla caída, en completa inconsciencia, le aplicaron los medicamentos del caso hasta hacerla reaccionar; cuando volvió en sí, contó lo sucedido, más la equivocación sufrida; pues ella, cuando le levantó el sombrero a su agresor, se encontró ante una verdadera calavera envuelta en lino, mostrando únicamente las cuencas donde tuvo los ojos y unas encías llenas de dientes pero sin labios, ni carnes y el sitio donde la sujetó lo tenía helado totalmente, como si dichas partes hubieran sido tomadas por largo tiempo por témpanos de hielo.

Las conjeturas volaron creciendo de volumen, según quienes las hiciera; los más creyeron por el dibujo del personaje, que el fantasma pretendía enseñarle a la muchacha el lugar en donde se encontraba escondido el tesoro del que en vida había enterrado cuando llevaba el nombre de don Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, para no seguir su peregrinaje por las noches en la tierra.

ÍNDICE DEL TOMO XLVI

Autores y asuntos

A

B

C